

Cangi, A. y González, A. (eds.) (2019). *Meditaciones sobre el dolor*. Buenos Aires: Autonomía.*

Beatriz Podestá**

En tiempos de códigos digitales incrustados en organismos y afectos, en un mundo de efectos alucinatorios provocados por la capilaridad de las lógicas del capital (viralizadas en el “vivir para producir” del mundo intelectual), *Meditaciones sobre el dolor* vulcaniza el ejercicio del pensamiento en espacios de saber disciplinado y reverente a las sociedades de control. Se trata, ante todo, de un gesto que irrumpe en tiempos de desdén al vuelo del águila, a la mirada que escudriña, al pensar que rumea; irrumpe como inflexión política en tiempos que pactan con la voracidad de la instantaneidad del consumo global. El texto se sitúa en el punto neurálgico del mundo contemporáneo: su secularización. En un mundo secularizado se transforman las aristas para problematizar el dolor que atraviesa y secciona cuerpos y órganos, perceptos, afectos y conceptos. La pérdida de fundamento, proclamada por Nietzsche y profundizada por aquellos que lo buscaron infructuosamente, constató la fragilidad de las justificaciones clásicas sobre el dolor formuladas por la teodicea y la metafísica del sujeto. Este (des)fundamento dejó preguntas que persiguen con insistencia.

El lector de *Meditaciones sobre el dolor* no está frente a un “libro-verdad” o un “libro-demostración”, sino frente a un “libro-experiencia” en el que lo esencial no está en la serie de comprobaciones verdaderas o históricamente verificables, sino en la experiencia que el libro invita a realizar. Específicamente, consiste en una experiencia que parte de la desaparición del “yo” cartesiano como sujeto fundante y, como tal, no es ni verdadera ni falsa sino que llama a “desgarrarse” de sí mismo para descentrarse como portador de verdad. El texto, así, se constituye en un “archivo” que trama pasadizos secretos con lecturas literarias, filosóficas e históricas, con registros de imágenes,

* Enviado 28/10/19. Aceptado 28/10/19.

** Beatriz Podestá es docente e investigadora en la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ). En el Instituto de Filosofía dirige el Programa de Investigación “Perspectivas Filosóficas en el Mundo Contemporáneo”. Actualmente es directora del Proyecto de Investigación “Problematización de las tecnologías de seguridad/inseguridad en la gubernamentalidad neoliberal” (CICITCA-UNSJ). Como docente de grado, en la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, es profesora titular regular de las cátedras de Filosofía Contemporánea y Filosofía Política. En el posgrado, dicta los seminarios de Filosofía de la Historia y Filosofía Política Contemporánea en la Maestría en Historia, y los seminarios Epistemologías II y Problemas de la Filosofía Contemporánea en el Doctorado en Filosofía.

performances y más. Pero el archivo de *Meditaciones del dolor* es más que el diagrama de una producción discursiva específica, se trata de la configuración de las marcas de la existencia y persistencia del dolor. El archivo que construyen los autores no es, entonces, la huella muerta de un pasado, sino que plantea la cuestión de la historicidad del dolor o, en otras palabras, problematiza la propia pertenencia simultánea a un régimen de discursividad y a una configuración de poder. El dolor “se dice-se siente Europa-Nuestra América”.

El libro provoca no menos que inquietud con su apuesta por el dolor como existenciario, desafío que no lo vuelve φαίνο (phaíno), comprensible o pasible de metabolizar la guarda de registros metafísicos al modo de una teodicea. Es que aquí, el dolor se vierte en letra encarnada y se convierte en el acicate para traspasar el espesor de las vidas dañadas o desaparecidas, de los ultrajes a los cuerpos negros, de las masacres de la historia colonial a los “pueblos-sin-mapa”, del nihilismo global en la duplicación digital, de la incomunicación de las técnicas comunicacionales... “Dolor-en-el-mundo” es el modo del habitar en el “ahí” de una relación de dominación. En efecto, el dolor como existenciario se erige escindido de cualquier forma de pacto dialéctico. Se medita sobre el dolor porque es un estar “entre”, una particularísima condición que lo torna político.

A propósito de esto último, para recabar un modo de decir el dolor como existenciario político podemos detener nuestra lectura en “el infinito político del dolor” que expresa Martí en *El presidio político en Cuba*, uno de los diez fragmentos inaugurales cuidadosamente elegidos para focalizar la retina del lector en el “umbral-dolor”. Los fragmentos de sensibilidades latinoamericanas y europeas disparan y modelan los textos de los autores, ocasionan el instante preciso para bordear la flacidez de un cuerpo anestesiado, la labilidad de una vida, el grito englutido... A propósito, para recabar nuevamente un modo de decir el dolor, el libro nos invita a ensayar historias de afecciones posibles detrás de cada dibujo que ilustra un fragmento de una vida inaugural casi premonitoria, “vida-niño” transida por la risa estruendosa que se acompaña del llanto sofocado por la desdicha ya consabida.

Meditaciones sobre el dolor habilita una lectura franca, ni lineal ni conclusiva. Se comienza y se continúa por donde más duele o por donde la cuestión de la parte de los sin parte nos vuelque para pensar sobre la justicia del dolor. Lo cierto es que este modo de habilitar una lectura reflexiva-política del dolor se configura como una “algodicea” precisa para los tiempos que corren. Es a partir del siglo XX que la

algodicea tiene la posibilidad de transformarse en una labor plenamente política. Caído el “Fundamento” y faltos de explicaciones sobre los efectos del infierno de las fábricas de la muerte en serie, de la herida en el cuerpo del testigo forjado por el poder colonial y de las marcas traumáticas de las memorias de sangre y hambre que modelan la carne, se tornó necesario explicitar una justificación del uso estatal, institucional y político de la experiencia del dolor.

“Experiencia y dolor”, “Dolor y memoria”, “Dolores que importan”, “Dolores singulares, imágenes multiplicadas” son, de esta manera, nudos trabados que marcan con sus letras la renuncia vehemente a todo gesto que pretenda una justificación transmudana del dolor y de la existencia. Cada pluma esgrimida allí prescinde de todo consuelo metafísico y abjura de los métodos de alivio de cualquier teodicea para permitir que cada singular tome la comunidad entre sus manos. Sería irreverente referir lo ya estampado por cada escritura en las páginas. Lo sería porque la particular composición de las meditaciones sobre el dolor conjuga modos singulares de tocar una subjetividad desandada y desgranada que aparece en “comunidades de dolor clandestinas”. Sin embargo, no parece irreverente sugerir que la forma común que recorre la composición del texto es el cuestionamiento al modelo técnico y espectacular de vigilancia y disciplinamiento de los cuerpos. ¿Cómo piensan los autores el dolor del cuerpo contraído por la vigilancia y la disciplina? El dolor habla por el silencio del cálculo, del seguimiento, del sometimiento, de la estandarización a través de jerarquías abstractas. La algodicea del dolor problematiza la “homogeneización” de los cuerpos, de la memoria, de los dioses y de los lenguajes.

Dijimos que *Meditaciones sobre el dolor* es un “libro-experiencia”. Como tal, con sus tramas invita al lector a un recorrido para salir transformado y, así, ensayar otros recorridos. Consideramos que el texto lleva ineludiblemente a pensar una explicación del sufrimiento encarnado por procesos político-económicos y a adentrarse en los engranajes del desmantelamiento de los poderes colectivos que hacen frente a las estructuras políticas y económicas que obturan cualquier intento de crear lenguajes de afectividad social. Los autores colocan a disposición del lector el hilo de Ariadna para que entrevea con claridad y precisión los efectos devastadores de las lógicas neoliberales, en cuanto estas promueven subjetividades atomizadas y autorreferenciales en una red normalizada de consumo, subjetividades que se vinculan en un entramado de dispositivos inmanentes a la racionalidad neoliberal cristalizados en la “mercantilización de la vida”. Simultáneamente, este hilo de Ariadna también lleva al

lector a recordar que Nietzsche creó el “pesimismo dionisiaco” en contra del de Sileno y Schopenhauer. El pesimismo dionisiaco reconoce el sufrimiento, pero al hacerlo abraza la existencia en su totalidad. Para esta posición filosófica, el sufrimiento no es poseedor de una potencia creadora para negar la existencia. De hecho, el sufrimiento nunca será una razón suficiente para negarla. Ante la posición de Sileno, Nietzsche sostuvo que el auténtico dolor de los seres humanos homéricos se refiere a la separación de esta existencia, sobre todo a la separación pronta. De este modo, Nietzsche invierte la sabiduría silénica y nos dice que “lo peor de todo es para ellos el morir pronto, y lo peor, en segundo lugar, el que alguna vez se tenga que morir”.

Meditaciones sobre el dolor invita, en definitiva, a celebrar las comas entre las singularidades de las escrituras, a desplazarse “entre-tonos” de teclados diferentes, a afinar el oído para percibir vibraciones diversas, a oscilar en la heterogeneidad sin forzarla con el pensamiento piadoso que amalgama las diferencias, a sostener el “entre-lugar” poroso que convoca a la “experiencia de creación” en su lectura para reconfigurar esta escritura “sobre el dolor” como una forma de intervención en los escenarios políticos.